

haber sido un enemigo histórico del progreso científico, o la de haberse institucionalizado en una iglesia que funciona como estructura política con objetivos de poder.

De todo esto tratan, con un estilo ágil y en lenguaje divulgativo, los textos del filósofo alemán que Sánchez Meca ha traducido muy oportunamente, anotándolos con precisas observaciones que ayudan en su lectura y confieren rigor a la edición.

Sergio GAMBAZZI

ABELLAN, José Luis: *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1998, 461 pp.

Si a alguna persona le cabe el mérito de haber recuperado el pensamiento español contemporáneo que tuvo que elixiarse tras la guerra civil, ésa es José Luis Abellán. En la ya lejana fecha de 1967 publicaba en Madrid *Filosofía española en América (1936-1966)*; eran entonces tiempos de férrea censura franquista que no permitió la utilización del término "exilio", por lo que hubo de buscar otras palabras que enmascararan aquella realidad, como la de "emigración republicana". Pero con todo, se daba a conocer aquí una notable pléyade de filósofos cuya obra todavía estaba desarrollándose, pues la mayoría aún vivían. Y así pudo saberse que antes de 1936 la filosofía había alcanzado en este país un nivel tan alto que podía parangonarse con las naciones más cultas de Europa en este ámbito (Francia y Alemania). Las generaciones jóvenes pudieron enterarse de la existencia de Xirau y Nicol, Ferrater Mora y Gaos, Ayala y María Zambrano, García Bacca e Imaz, entre otros muchos; pudieron también aprender algo sobre su pensamiento, ante la imposibilidad de conseguir sus obras en el mundo editorial español, salvo contadas excepciones. Este libro marcó sin duda un hito en la relación del exilio con España, porque nadie antes había ofrecido estos nombres juntos ni presentado su pensamiento en sus líneas fundamentales.

Algunos años después el mismo Abellán dirigió una obra colectiva en seis volúmenes titulada *El exilio español de 1939* (Madrid, Taurus, 1976-1978), donde no sólo se hablaba de pensamiento, sino también de literatura, arte, ciencia y demás manifestaciones de la cultura en general. Pretendía ser, y creo que lo consiguió, un libro testimonio pues la desaparición del régimen franquista certificaba el fin del exilio político y permitía recuperar, *sine ira et cum studio*, la memoria de los transterrados.

Asimismo, en los Cursos de Verano de El Escorial, organizados por la Universidad Complutense en 1989, dirigió el titulado *La otra cara del exilio: la diáspora del 39*, cuyas intervenciones fueron publicadas como libro al año siguiente.

Por último hay que referirse también a *De la guerra civil al exilio republicano (1936-1977)* (Ed. Mezquita, Madrid, 1982), libro donde se recogen una serie de estudios y ensayos dispersos publicados con anterioridad en obras colectivas y en revistas.

El libro que ahora comentamos, *El exilio filosófico en América*, no es una ampliación ni adaptación del publicado en 1967, sino una obra completamente nueva que supera las insuficiencias (según su propio autor) de *Filosofía española en América*, pues prácticamente todos los pensadores ya han muerto y puede presentarnos sus aportaciones de forma sistemática y definitiva. Hay por lo demás una organización diferente del contenido, con agrupaciones distintas de autores, secciones nuevas que incluyen el tratamiento independiente de nombres que en el otro libro eran abordados de manera colectiva, así como la introducción de otros que no se habían mencionado y reubicaciones que se ajustan más a la realidad de los hechos. Todo ello contribuye, en mi opinión, al logro de una obra redonda, definitiva, que presenta el tratamiento completo del exilio filosófico en América.

En cuanto al contenido estructural del libro, éste se compone de una introducción y seis partes. Comienza presentándonos el panorama de la filosofía española en 1936, al inicio de la guerra civil. Lo primero que sorprende es que un país de escasa tradición filosófica, como era España, alcanzase un nivel tan alto, gracias a una serie de hechos que fueron dándose desde mediados del siglo XIX: el viaje de Sanz del Río a Alemania y la importación del krausismo, la fundación de la Institución Libre de Enseñanza por Francisco Giner, la llamada generación del 98 y el pensamiento de fin de siglo (donde Unamuno ocupa un lugar central), pero sobre todo, la figura de Ortega y Gasset, maestro indiscutible de todos los que vinieron después. Ortega desde su cátedra universitaria (en torno a la cual un grupo de profesores conforman la *Escuela de Madrid*), desde su actividad sociopolítica, desde sus empresas editoriales y periodísticas, va creando una tradición y ejerciendo una influencia decisiva en la renovación cultural de las primeras décadas del siglo XX. La sola mención de Morente, Zubiri, Gaos, Zambrano, Recaséns Siches, Luzurriaga, Granell, María de Maeztu, Xirau, Ferrater Mora, Nicol, Imaz, corrobora lo anteriormente citado. Y enlazando con Sanz del Río, Ortega nos abrió a la filosofía germánica. Esos nombres mencionados y otros muchos, estuvieron en Alemania estudiando filosofía, bien por iniciativa propia o becados por la *Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones científicas*, y se familiarizaron con las obras y el pensamiento de Hegel y Kant, Fichte y Dilthey, Husserl y Heidegger, Spengler y Simmel, Brentano y Scheler, Heimsoeth y Spranger, entre otros, además de traducir al español sus obras fundamentales; de este modo los españoles pudieron conocer de primera mano corrientes filosóficas tan importantes como el neokantismo y la fenomenología, el historicismo o la ontología de los valores. Imposible, por tanto, referirse al pensamiento español de este siglo sin hollar el sendero orteguiano.

A continuación, Abellán lleva a cabo una caracterización general del exilio republicano de 1939. Lo primero que destaca es el número, en torno al medio millón de personas; pero no sólo hay que tener en cuenta la cantidad, pues mucho más importante es la calidad: se estima en cinco mil el número de intelectuales que huyeron de España si tenemos en cuenta a artistas, literatos científicos y docentes. Y de

éstos, se estudia únicamente a los filósofos, que en casi su totalidad se afincaron en los países hispanoamericanos (por el elemento determinante de la lengua común), aunque sobre todo en Méjico, tanto porque el presidente de la república, Lázaro Cárdenas, les acogió generosamente, como por ser el país donde la filosofía había alcanzado un mayor desarrollo.

La primera parte aborda el estudio de la filosofía catalana, centrada en Joaquín Xirau, Eduardo Nicol y José Ferrater Mora. Al igual de lo ocurrido en el caso madrileño, suele hablarse de una *Escuela de Barcelona*, si bien son muchos los que niegan su existencia. Nicol, p. e., en un lúcido estudio sobre el asunto, se refiere a una larga tradición histórica del espíritu catalán que hunde sus raíces en el medievo, cuya herencia actual se traduce como *seny*, un peculiar modo de ser y comportarse. Así puede establecerse una continuidad desde Ramon Llull, Arnau de Vilanova y Ausiàs March hasta Eugeni d'Ors, pasando por Balmes, Maragall, Serra Hunter, Xirau, Roura-Parella, Ferrater Mora y el mismo Nicol.

En la segunda parte Abellán analiza la herencia orteguiana a través de José Gaos, Manuel Granell, Luis Recaséns Siches y Francisco Ayala (aún vivo). Merece destacarse aquí el estudio dedicado a Gaos, de quien procede el calificativo de *transterrado* para explicar mucho mejor la incardinación de los exiliados en los países receptores que el mero adjetivo "desterrado" (el poeta Juan Ramón Jiménez habría de utilizar el neologismo de *conterrado con la misma intención*). Tan profundamente estos hombres se sintieron verdaderos mejicanos, argentinos, venezolanos, etc., que Gaos elaboró una teoría de las dos patrias: la "de origen" y la "de destino".

El capítulo dedicado al socialismo y al marxismo estudia las figuras de Fernando de los Ríos, Luis Araquistain, Wenceslao Roces y Adolfo Sánchez Vázquez (todavía vivo). La cuarta parte lleva por título "El pensamiento delirante", con cuya expresión se refiere Abellán a la forma desahogada de vivir el exilio por algunos de sus protagonistas; esta concepción se traduce en el misticismo de María Zambrano a través de la "razón poética" (la filósofa malagueña en el libro de 1967 había sido incluida en la parte dedicada a la herencia de Ortega, junto a Gaos, Recaséns Siches, Granell y Ayala), la visión apocalíptica de Juan Larrea, la tendencia autodestructiva y suicida de Eugenio Imaz y el exilio eterno de José Bergamín.

La penúltima parte está dedicada, en solitario, a Juan David García Bacca, un gran filósofo independiente, cuyo estudio se subtitula "prolegómenos a una 'crítica de la razón económica'", y al que Abellán considera "quizá la mente filosófica más poderosa de todas las que el exilio ha tenido en América y una de las primeras figuras de la filosofía española de todos los tiempos" (p. 369). A más de uno le parecerá exagerada esta opinión, pero el pensador navarro ha conceptualizado un sistema filosófico completo y complejo (como tal vez sólo pueda asemejarse —aunque en una línea totalmente distinta— el de Xavier Zubiri). Con una gran formación en filosofía clásica (tradujo directamente del griego a Platón, Parménides, Euclides, Aristóteles, Plotino, Marco Aurelio, Esquilo, Plutarco y Jenofonte, así como obras

latinas de Lucrecio y Boecio) y escolástica tomista (fue sacerdote claretiano y sus primeras obras están escritas en latín), pensamiento moderno y filosofía marxista, más el añadido de sus conocimientos científicos (estudió física y matemáticas en Munich), elaboró un vasto sistema metafísico de corte marxista y materialista donde caben desde una filosofía de las ciencias y una filosofía de la técnica hasta una filosofía de la música y una filosofía de la literatura.

El libro finaliza con un capítulo sobre la filosofía político-social de José Medina Echavarría, la filosofía político-religiosa del sacerdote José Manuel Gallegos Rocafull y la filosofía político-jurídica del constitucionalista Manuel García Pelayo. Como complemento se concluye con un amplio repertorio de filósofos exiliados tratados de forma breve y con un muy útil índice onomástico.

Antonio JIMENEZ GARCÍA

CAÑAS, José Luis: *Gabriel Marcel: filósofo, dramaturgo y compositor*. Madrid, Ediciones Palabra, 1998, 283 pp.

José Luis Cañas nos ofrece en este libro un ensayo sobre la vida y la obra del filósofo Gabriel Marcel (1889-1973), máximo representante de lo que ha dado en llamarse “existencialismo cristiano”, el cual elabora una filosofía insertada en la tradición francesa no cartesiana siguiendo la línea que va de Pascal a Bergson, pasando por Maine de Biran y por Blondel —en palabras de Feliciano Blázquez—.

La primera parte del libro contiene la biografía del filósofo francés, que sirve para adentrarnos en su psicología y, a la vez, comprender mejor su pensamiento. Una trayectoria vital que parte del ambiente familiar en el que huérfano de madre a los cuatro años es educado por su tía y madrastra de forma rigorista y puritana. Sigue después una serie de estudios que culminan con la licenciatura de Filosofía en 1909 por la Universidad de la Sorbona, de donde solo recordará con admiración a Victor Delbos, célebre historiador de la filosofía.

Por otro lado, el autor señala con acierto el impacto que tuvieron las dos guerras mundiales, y sobre todo la primera, en la evolución interior de Marcel, zarandeada por estas situaciones límite, llevándole a la reconstrucción del “desolador paisaje del alma de miles de personas concretas que habían perdido a sus familiares y sus bienes, y con ellos su ilusión de vivir. La proyección intelectual filosófica y literaria marcelianas verá en estas cuestiones la mejor razón de su existir” (p. 58). En sus memorias publicadas bajo el título *En chemin, vers quel éveil?* reconoce que “la guerra hizo de mí un pensador existencial [...] Hoy día puedo decir que la guerra de 1914 hizo de mí otro hombre”.

Pero una evolución interior a la que no sólo las guerras, sino también sus propias